

Nº 940

Tres mil
Suplemento Cultural

Sábado 1 de marzo de 2008 | Nº 3698 del año XVII segundo centenario | www.diariocolatino.com

DIARIO CO LATINO, MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD



MARZO: MES DE LA MUJER Y LA POESÍA

Iniciamos un mes cargado no sólo de simbolismo sino de una marca histórica profunda, se celebra el **Día Internacional de la Mujer** (8 de marzo) y el **Día Mundial de la Poesía** (21 de marzo).

En nuestro país hay un nombre que conjuga ambas condiciones, el de nuestra más alta poeta:

Claudia Lars.

De ella son los versos anteriores.

Poeta soy y vengo
por Dios misma escogida
a soltar en el viento
mi canto de belleza
a buscar con más alto
sentido de nobleza
a buscar en la sombra
la verdad escondida

Pedimos disculpas a nuestros lectores por el error del sábado pasado, cuyo número era el 939 y apareció como 935. Rogamos tomar nota y ahora seguimos con el correaltivo 940.



SI HAY DESAPARECIDOS NO HAY PAZ
¿DONDE ESTÁ
ARQUÍMIDES CRUZ?

El ministro del Poder Popular para la Cultura, Francisco Sesto, se dirige al cantante español

Carta a Joan Manuel Serrat

FRANCISCO SESTO

Tomado de Rebelión

Querido amigo:

Permiteme que te llame de esa manera porque de verdad lo eres, aunque no lo sepas. Tus canciones, la imagen de tu sencillez y tranquilidad de espíritu, así como la referencia del compromiso tuyo con una visión incluyente del mundo, han sido algo importante en mi vida, como lo ha sido en la vida de muchas personas que me rodean.

Además somos, por así decirlo, de la misma camada. Pues yo nací en octubre y tú en diciembre de 1943. Viejos camaradas a distancia, uno de ellos sin conocer al otro, en una relación asimétrica.

La primera noticia tuya la tuve, creo, a mediados de los sesenta, a través de un disco de 45 revoluciones con canciones en catalán. Me acuerdo todavía de *Les Sabates*: «Quanta gent que passa amb l'ull sorrut!..Quanta gent l'esperança ha perdut!...». Y luego te fui siguiendo a lo largo de estos cuarenta y tantos años, comprando casi todos los discos que sacabas y asistiendo a tus conciertos. El último fue el que nos ofreciste en Caracas en noviembre pasado, junto a ese otro gran amigo y camarada (aunque él tampoco lo sepa) que se llama Joaquín Sabina. Acudí como un espectador más, entremezclado entre el público al que pertenezco. Aún siendo ministro del poder popular para la cultura, no hice ningún esfuerzo por saludarte ni por hacerme notar. Tampoco estuve en los lugares preferenciales. En ese momento yo era únicamente un espectador agradecido por el hermoso regalo que nos estaban dando Serrat y Sabina. Y lo cierto es que lo disfruté bastante.

Hoy, sin embargo, una piedrecita se me metió en el zapato causándome una molestia que me impulsó a escribir esta carta. Acabo de leer una noticia en un periódico caraqueño con fecha 14 de febrero, en la que se comenta que entre los firmantes de la carta de solidaridad con Alejandro Sanz, aparecen tu nombre y el de Joaquín Sabina.

No me incomoda ni puedo cri-

ticar, ciertamente, la solidaridad entre colegas. Es natural y comprensible. Lo que me preocupa es que puedas haber firmado esa carta a la luz (o a la sombra) de la campaña mediática nacional e internacional que, desde hace años, se ha desatado contra nosotros, pueblo y gobierno de Venezuela.

Yo quiero explicarte bien este caso. Por un lado, para que conozcas la verdad. Y por el otro para poder seguir disfrutando de tus canciones sin sentir un mal sabor, una amargura, en el alma. Es por mí, por quien lo hago. Perdóname esa.

Lo primero que debes saber es que el incidente Sanz se produce en un momento en el cual el Poliedro de Caracas acababa de cambiar de manos. Hasta entonces el Poliedro era una fundación adscrita al Ministerio de la Cultura y en esos días, se había concretado su adscripción al Ministerio de Educación Superior. De manera tal que todo en el Poliedro estaba en revisión profunda para adecuarlo a unas nuevas funciones, analizándose desde su razón de ser, hasta la propia organización gerencial. Ese es un dato importante del asunto.

Fue en esos días cuando, ante la solicitud de una determinada compañía productora de espectáculos, la nueva autoridad decide no darle el visto bueno a la presentación de Alejandro Sanz en el Poliedro.

Debe quedar claro que en ningún momento se censuró su presentación, ni se le impidió presentarse en otro lugar ni, mucho menos, se le negó la entrada a Venezuela. Ningún tipo de prohibiciones. Sólo dificultades para usar un espacio, el Poliedro.

A partir de allí comenzó el tsunami mediático a tergiversar las cosas. A mentir descaradamente, como es su costumbre. Pero eso no es nada para nosotros. Lo vivimos todos los días.

El caso es que muy pocas semanas después se superó el incidente y se autorizó la presentación de Alejandro Sanz en el

Poliedro de Caracas. Eso es historia documentada. Pero, en un cierto momento, habiéndose comenzado incluso a vender las entradas, al cantante ya no le pareció interesante o conveniente venir a Venezuela. Desconozco las razones por las que no quiso actuar aquí. Comenzó entonces a improvisar excusas. Dijo que ninguno de los grandes hoteles de Caracas quería darle alojamiento, cosa que de inmediato fue desmentida públicamente por el Meliá Caracas, el Embassy Suites, el Tamanaco y el Eurobuilding. Poco después salió en televisión con una camiseta en inglés insultando soezmente al Presidente Chávez. Y desde este lado para no quedar en desventaja, la Cámara Municipal del Municipio Libertador declaró a Alejandro Sanz persona no grata. Bueno, la vida es así. Donde las dan, las toman.

Y luego, como en un coro bien dirigido, comenzaron a aparecer en todo el mundo las voces contra la censura en Venezuela,

involucrando en la crítica al propio Presidente Chávez que, me consta, no tenía arte ni parte.

Hoy mismo salen dos entrevistas a Fito Páez, en su paso por Caracas. En *El Nacional* dice: «Chávez no tolera la disidencia, es intolerante... Uno tiene derecho a pensar, hacer y decir lo que quiera, mientras eso no afecte a los demás». En *El Universal* declara: «Chávez debería meterse con gente más pesada, como yo».

Bueno, la verdad, Joan Manuel, es que ni Chávez ni nadie aquí se mete con los intelectuales, ni con los artistas ni con ninguna persona en particular por sus ideas o sus creaciones. Yo no estoy seguro de poder calificar a Venezuela como el país más libre del mundo, pero de lo que, sí, estoy seguro, es que éste es un país tan libre como cualquiera pueda serlo. Y desde luego mucho más, por ejemplo, que los EEUU o que la propia España, donde a cada rato, y tú lo sabes, se cierra o se multa un periódico, se prohíbe un par-

tido o se enjuicia a unos muchachos por quemar una fotografía en público.

Yo puedo jurar y juro, como Ministro del Poder Popular para la Cultura y como ciudadano, que en nuestro país la libertad de creación, de opinión y de información es absoluta, sin otro límite que el de las propias leyes. No conozco aquí, en esta época, ningún ejemplo de censura por parte del Gobierno. Esto es un hecho que cualquier visitante o, incluso, cualquier usuario de internet que no crea en chismes y vaya a las fuentes, puede constatar. Basta con leer los periódicos (para muestra las entrevistas de hoy a Fito Páez, el peso pesado) o sentarse por unos minutos ante un canal de TV tan venenoso como Globovisión.

Y por último ¿sabes una cosa?: si algún funcionario público pudiera cometer un error de ese tipo en algún momento, esa persona no sería precisamente el Presidente Chávez. Nunca él. No va con su naturaleza. A Hugo Chávez, como persona y como político, le gusta jugar limpio y ganar en buena lid. Es fuerte en la batalla de las ideas, sin otorgar concesiones innecesarias a la retórica académica o cortesana, pero dentro de la confrontación no hace trampa, no mueve las fichas, no compra al árbitro, no le amarra las manos ni la boca a nadie. Lo digo con propiedad, porque lo conozco, creo, bastante bien. Y este es otro dato del asunto.

De modo que así están las cosas.

Yo me saqué una piedrecita del zapato escribiendo esta carta y, si no hay novedad, podré seguir escuchando tus discos, queriéndote y admirándote, como siempre lo he hecho. Y lo mismo con Joaquín Sabina.

Vaya un saludo cariñoso para los dos.

Farruco Sesto Ministro del Poder Popular para la Cultura de la República Bolivariana de Venezuela.



Leonel Rugama:

«Su grito vive lactando en el viento»

VICTOR ROJAS

Especial para Tres Mil

*Leonel Rugama
gozó de la tierra prometida
en el mes más crudo de la siembra
sin más alternativa que la lucha,
muy cerca de la muerte,
pero no del final.*
L.R.

Un hombre va por un atajo a media noche. No hay siquiera una sombra de estrella en los cielos. El hombre camina sin tropezar porque sus pies leen el camino de memoria. Sin embargo, la densa oscuridad pone al hombre en duda. Si nada se ve es porque ya no se existe. Y cuando el hombre está a punto de convencerse de que es tan sólo un alma errante; a metro y medio de distancia, una luciérnaga rompe la noche de un fogonazo. Entonces el hombre sonríe porque siente que no está solo. El fogonazo espantó la soledad, la noche y la duda. ¿Sería una luciérnaga de ojos tristes? Tal vez. Al amanecer el hombre buscará la luciérnaga para mirarla a los ojos.

Así, como la candelilla de una luciérnaga, fue para mí uno de los poemas de Leonel Rugama. El poema lo leí hace más de tres lustros en una antología de poesía revolucionaria, editada en Colombia por el Comité de Solidaridad con las Luchas del Pueblo Salvadoreño. *El sufrimiento armado*, se llama dicha antología que fue preparada por el poeta Juvenal Herrera Torres. Era un poema extenso que se refería a todo menos a la revolución. El fogonazo del poema fue porque al leerlo me acordé de la joven que había sido mi maestra de secundaria, una estudiante de psicología que a los muchachos de ese entonces nos tenía enloquecidos con sus minifaldas. Dice Leonel Rugama en el final de su poema: *Miedosos apuñando lápices y cuadernos*.

Varios años después pasé a ser niño viejo. Molestaba y me burlaba de los niños nuevos. Algunos lloraban y prometían acusarme con su mamá y también dejaba caer el lápiz o el cuaderno para verle las piernas a la maestra (La maestra leía los ríos de Guatemala o explicaba la división entre tres cifras)

Unos contaban que le habían visto el calzón y hasta los pelos. Todos amábamos a la maestra pero la maestra se casó con un señor.

Siempre me acordé de éste poema, pero nunca del autor. Del fogonazo pero no de la luciérnaga. ¿Serían tristes los ojos de Leonel Rugama? Nunca lo supe hasta muchos después que viajé a Nicaragua, su patria, y allá lo encontré. Primero fue en ciudad Estelí, en una plaqueta incrustada a la entrada de la casa de la cultura. La placa reza textualmente:

CASA DE CULTURA
LEONEL RUGAMA
ASOCIACION DE
PROMOTORES
DE CULTURA (APC)

ESTA CASA FUE
REMODELADA
GRACIAS
A LA COOPERACION DE
A.B.F DE JONKÖPING-SUECIA
1991-994

Si, la casa de la cultura de Estelí lleva su nombre, y ésta casa fue remodelada con ayuda de la Asociación para la Formación de los Trabajadores (ABF) de la ciudad sueca donde resido, Jönköping. ¡Feliz coincidencia! Fue así como su nombre por primera vez me llamó la atención. Entonces, venciendo los temores de hacer el ridículo, le pregunté a mi acompañante nicaragüense que quién era



Leonel Rugama y ella contestó escuetamente:

-Un poeta de Estelí asesinado por la guardia somocista en Managua.

En el segundo piso de la Casa de la Cultura de Estelí, en una de las paredes cuelga una foto sombreada del poeta. ¡Si, los ojos de Leonel Rugama eran tristes! Pero su mirada, detrás de unas gafas gruesas, era severa. Sus labios cerrados, de niño mimado recién regañado le imponen, en esa foto, a su rostro un toque de hombre adusto y envejecido, todo lo contrario de lo que era Leonel Rugama.



Sería en Managua, días más tarde, donde habría de conocer algunos datos biográficos del poeta Rugama. Lo hice obligado porque en esa semana tenía una entrevista con la poetisa pinolera Mariana Corriols, quién había sido premio nacional de poesía joven «Leonel Rugama» 1985. Se me facilitó que en esos días, mitad de enero, se cumplía un aniversario más de la muerte del poeta y periódicos como Barricada, hacían una corta reseña de su vida, a la vez que publicaban algunos de sus poemas, entre ellos uno de sus pocos poemas que he encontrado traducidos al sueco: *La tierra es un satélite de la luna*:

El Apolo 2 costó más que el Apolo 1 el Apolo 1 costó bastante.

El Apolo 3 costó más que el Apolo 2 el Apolo 2 costó más que el Apolo 1 el Apolo 1 costó bastante.

El Apolo 4 costó más que el Apolo 3 El Apolo 3 costó más que el Apolo 2 el Apolo 2 costó más que el Apolo 1 el Apolo 1 costó bastante.

El Apolo 8 costó un montón, pero no se sintió porque los astronautas eran protestantes y desde la luna leyeron la Biblia, maravillando y alegrando a todos los cristianos y a la venida el Papa Paulo VI les dio la bendición.

El Apolo 9 costó más que todos juntos

junto con el Apolo 1 que costó bastante. Los bisabuelos de la gente de Acahualinca tenían menos hambre que los abuelos. Los bisabuelos se murieron de hambre. Los abuelos de la gente de Acahualinca tenían menos hambre que los padres. Los abuelos murieron de hambre. Los padres de la gente de Acahualinca tenían menos hambre que los hijos de la gente de allí. Los padres se murieron de hambre. La gente de Acahualinca tiene menos hambre que los hijos de la gente allí. Los hijos de la gente de Acahualinca no nacieron por hambre, y tienen hambre de nacer, para morir de hambre. Bienaventurados los pobres porque de ellos será la luna.

Fue así como al final pude tener una noción general del poeta. Había nacido el 27 de marzo de 1949. Hijo de una maestra y un carpintero. Su abuela materna le inculcó los valores religiosos que influirían profundamente en su vida. Fue un seminarista que forjaba versos con palabras de poca alcurnia. Un incansable lector con mala ortografía. Un joven maestro de matemáticas con ganas de hacer algo en la vida, y un apasionado jugador de ajedrez que siempre perdía. De esta última cualidad, se vale el escritor Eduardo Galeano, para recordarlo en el tomo III de su obra *Memoria del fuego*: «El altivo poeta, el chaparrito de sotana que comulgaba de pie, dispara hasta el último tiro y cae peleando contra todo un batallón de la dictadura Somoza.

Leonel Rugama tenía veinte años. De los amigos, prefería a los jugadores de ajedrez. De los jugadores de ajedrez, a los que pierden por culpa de la muchacha que pasa. De las que pasan, a la que queda. De las que quedan, a la que todavía no llegó. De los héroes, prefería a los que no dicen que no mueren por la patria. De las patrias, a la nacida de

su muerte.”

En efecto, Leonel Rugama murió en combate, en una lucha desigual, donde él y dos combatientes urbanos del Frente Sandinista - Mauricio Hernández Baldizón y Róger Nuñez Dávila-, se enfrentaron a «cientos de armas, fusiles, ametralladoras, granadas, y hasta el cañón de una tanqueta, y una avioneta que taladraba la casa desde el aire en rápidas pasadas».

Tres días antes de mi regreso de Nicaragua el poeta Antonio Rocha me regaló un libro grueso titulado: *Leonel Rugama: El delito de tomarse la vida en serio*. Su autor, el sacerdote Teófilo Cabestrero, escribe en la nota de presentación del libro que «Si no hubiera emprendido esta búsqueda de la vida de Leonel Rugama, nunca habría imaginado que un muchacho pudiese acumular tanta riqueza de vida y ofrecer tanto a la liberación de su pueblo en sólo veinte años, dejando, además, hondas huellas en amigos y compañeros, zanjando discusiones de intelectuales y poetas y golpeando sus conciencias al morir como él murió».

Ya en el avión que me traería a casa, sobre las nubes que contemplan el océano Atlántico, empecé a leer el libro. Ahí encontré el poema que muchos años atrás había leído y sentido como el fogonazo de una luciérnaga. Y fue así, leyendo el libro, como poco a poco me fui enterando de la vida de Leonel Rugama, desde el vientre de su madre doña Cándida Rugama de Rugama hasta la impronta que su vida dejó en quienes se empeñan por hacer posible la felicidad sobre la tierra.

Yo viví uno de los cuentos más bonitos, y desde mis ojos orgullosos por ser su bienamado, yo lo miraba gigante como un árbol, enorme como el cielo para mis alas de chiquitín y soñador.

Por eso me gustaba acercarme a sus páginas, agarrarlo de la mano y salir a caminar con él cuando me decía veníte vamos a surcar los siete mares.

No me acuerdo de los tigres, de las brujas y los bandidos, sólo recuerdo su frente ganándole al sudor, y su cabeza siempre levantada, igual a la cruz de la iglesia en el pueblo, que sin decir palabra, se ganaba el respeto y la venia de los que paseaban y pasaban por ahí.

El gigante era serio... pero no le negaba a nadie el saludo de capitán o el entusiasta que le vaya bien.

Lo importante es dar el buenas, al decirlo, le contesten o no, usted cumple como persona educada me aconsejaba como si platicara con alguien de su tamaño.

Hablaba poco y no se llenaba la boca con hazañas o inventos de príncipes y sirenas, bastante difíciles de creer, calladito, predicaba con el ejemplo; su manera de ser la demostraba en las batallas de a de veras para que aprendiera viéndolo, no para que por una oreja de burro me entrara y por la otra me saliera.

El gigante y yo

GABRIEL MORAES



En invierno o verano clarito perseguía sus huellas grandes como su voz al mando adelante de mí, y siempre caminaba con paso tranquilo, sin dejarme muy atrás, y nunca he de olvidar, que en cada avanzada, me volvía a ver, recorriéndome de cuerpo entero para estar seguro que yo iba bien, o que no me había perdido entre las emboscadas sorprendidas de la gente.

Tres principios eran las banderas que adornaron su barco y sus trabajos, tres colores que hicieron imborrable sus enseñanzas mientras lo acompañé: decencia, honradez, fidelidad.

Por eso nunca le sentí olor a tabaco o a alcohol, jamás se apropió de algo ajeno, como los malvados piratas, y fuera de mi madre, doncella que ganó después de pruebas sólo para valientes, no hubo otra mujer en su corazón.

Eramos dos, el gigante y yo, contra los monstruos de los días y las noches, yo me alegre cuando descubrí en los árboles de los encuentros cuando me saludaban, que había labrado con su espada de paladín su apellido junto a mi nombre.

Con sus cansados años y andadas, el gigante regresó a niño, y yo, alcancé los laureles de hombre, pero seguí siendo su pequeño, bastante conocedor de fatigas y recompensas, de lo bueno y lo malo que hay en los corazones, y que aunque nadie lo quiera, se asoma por las ventanas de los ojos.

La última vez que nos vimos, en silencio me dijo el gigante que era el momento crucial para que yo enfrentara al mundo en solitario, me estrechó la mano y se quedó dormido.

Cuando me avisaron y regresé angustiado ya se había marchado... dicen que antes de subirse a los recuerdos llamó a mi madre y le sonrió, que un gigantesco caballo blanco como él, bajo de las nubes y se fue volando a todo galope para el sol.

Mi deseo era llegar a ser como él, crecer desde el alma hacia fuera, para que me vieran como un gigante...

Y ahora que han pasado los años y él ya no está conmigo, sé que su inmensidad todavía camina junto a mí.

Quinto Aniversario de "CLASICOS DE CHINCHILLA"

¡LOS CLASICOS están que brincan de contentos!

RICARDO CASTRORRIVAS

PUESIESQUE así son las cosas... y también los años, que pasan y pasan y si uno no hace la bulla, pues no hay cumpleaños, ni fiesta, ni regalos. Por eso estoy felicitando a ese clásico radial, el famoso programa de Miguel Ángel Chinchilla, CLASICOS DE CHINCHILLA... Llamado así porque es un verdadero clásico en su género, pues no hay otro espacio cultural semejante en toda Centroamérica. De ahí su clásico nombre.

Y cuando ya se ha cumplido el primer lustro de estar oxige-

nando el turbio clima de nuestra cultura literaria, y se cuentan los cinco años de divulgación de nuestros clásicos literarios a través de YSUCA, La Voz con Vos; y se comprueba que la praxis superó los sueños... ¿Quién no pega cinco brincos de pura contentura?

Así que, si ven a Miguel Ángel y a su equipo de artistas radiales, y a los técnicos de YSUCA, y a los felices oyentes, y a todos los clásicos del país, y a José Martí, Clásico universal, brincando de pura contentura, es porque están felices, sabedores de que no han muerto y que continúan vivos en

la palabra viva de este programa de vanguardia radial.

Y por si fuera poco, CLASICOS DE CHINCHILLA presentará en 2008, por primera vez en el medio radiofónico, la Antología de Cuentos y Leyendas de Centroamérica... Comenzando con "El Regreso de la Tatuana", del autor guatemalteco José María López Valdizón.

Adelante, Miguel, con clase, a echar la palabra por el aire porque ELLA es grande, grande... Tal como lo dijo José Martí: GRANDE ES LA PALABRA CUANDO CABALGA EN LA RAZON.



Miguel Angel Chinchilla

Dolores de guerra

EXTRACTO DE LAS PALABRAS DE EDUARDO ESPINOZA
EN LA PRESENTACIÓN DE *RELATOS DE LA GUERRA*

Escribir este puñado de páginas fue una experiencia que se me hace difícil calificar, exactamente porque alborotó toda una serie de sentimientos contradictorios, algunos de ellos muy tiernos, otros muy dolorosos. Tristezas y alegrías, esperanzas y frustraciones, soledades y acompañamientos, triunfos y fracasos se mezclaron en los recuerdos y éste libro es el producto de todo ello para bien o para mal.

Estas páginas no tenían ni tienen grandes aspiraciones. Responden sobretudo a mi contacto con jóvenes de las actuales generaciones y que tienen un asombroso desconocimiento de un pasado tan reciente como fue el conflicto armado en El Salvador.

La percepción distorsionada de lo que pasó y del contexto y las determinantes que generaron el conflicto es sorprendente en las nuevas generaciones. Para un breve ejemplo: solo en el caso de los que nos involucramos con las fuerzas insurgentes hay una amplia gama de imágenes que varían desde un estereotipo aventurero, romántico y conspirador hasta una retorcida personalidad amante de una violencia patológica. Igualmente, me he dado cuenta de que no pocos de estos jóvenes, impactados en su natural sentido de la justicia, por las escandalosas inequidades que observan, expresan con una increíble facilidad digna de mejores causas su deseo de revivir esos momentos bélicos cuyos recuerdos me hicieron derramar no pocas lágrimas cuando las escribía.

Explicar el contexto y las motivaciones íntimas que movieron a cada uno de nosotros a alzarnos en armas no es nada fácil. Para muchos resultó sencillo tomar la decisión entonces que explicar hoy las razones que tuvimos para hacerlo, porque hacerlo sobretudo para los que se incorporaron en los años ochenta, cuando ya la guerra entre dos ejércitos era franca, fue más fácil que para los que nos incorporamos en los años setenta. A los que nos incorporamos en los años setenta había que convencernos de que no había otra opción más que la lucha armada y que además había una perspectiva de victoria.

La guerra es un fenómeno muy

complejo, especialmente una guerra tan prolongada y tan cruenta como la nuestra, hay facetas como la logística o la económica que a lo mejor nunca vean la luz. Las mejores y las peores cualidades de la especie humana afloran durante la guerra, las ambiciones y las más bajas pasiones, la camaradería y la solidaridad son llevadas a sus máximas expresiones. La guerra concentra recursos y poder, fractura hogares y familias, desnaturaliza las instituciones, polariza a la sociedad. En fin, es muy compleja, es una historia de muertos y sobrevivientes, que en última instancia se expresa en una situación tan sencilla, como que el encuentro con el contrario en el campo de batalla es de tal naturaleza que uno debe matarlo para a su vez evitar ser muerto por él. Esta es una decisión terrible. Es la negación del más fundamental de los derechos: el derecho a la vida. Y por supuesto que tomar esta decisión, por lo menos para los que combatimos con las fuerzas insurgentes, tiene que ver con que el contexto es de características tan singulares, tan opresivo, tan violento, tan autoritario, tan excluyente y tan inequitativo que no existe otro camino para modificarlo.

Esto es lo que este libro trata realmente de trasladar al lector: no es lo mismo decir que el país estaba sometido a una tiranía militar que relatar lo que esto significaba en la vida diaria de la gente,

la huella profunda que significaban las masacres, las repercusiones en las mentes infantiles de observar la muerte de sus padres y familiares bajo tortura y con lujo de barbarie a manos de la autoridad constituida; la tremenda angustia de las familias y de las madres por la suerte de sus hijos secuestrados y desaparecidos con total impunidad. Cómo es que se gestaba en la mente de los combatientes y en los cuadros políticos, que sin ningún salario, renunciando a todo, incorporaban en lo más íntimo de su ser la disposición a sacrificar la vida.

Por esas mismas razones es que este libro no profundiza en análisis políticos, económicos o sociales del período, o en los debates que se daban en el seno de la izquierda de aquel entonces. Personajes más involucrados y autorizados que yo para esos menesteres han externado sus opiniones al respecto, no con toda la profundidad ni con toda la amplitud, ni con toda la franqueza con que deberían, pero algo hay.

Hay un relato en el libro que se llama "Elmer", que narra mi experiencia con este huérfano de la guerra. *Elmer* arrastraba consigo una historia terrible experimentada cuando tenía quizás unos siete u ocho años, tan terrible que lo hizo bloquearse con su entorno: perdió el habla, enmudeció completamente durante dos años. Fue necesario otro trauma des-

comunal, esta vez una lluvia de explosivo y de metralla durante un bombardeo aéreo del que se salvó milagrosamente, para que pudiera volver a articular palabra.

Hubo muchos *Elmer* durante la guerra, cada uno de ellos con una historia igual o más terrible que todavía está esperando ser contada. Para no ir muy lejos, Bernardo Menjivar, aquí presente en nuestra mesa o *Javercito*, como le llamábamos durante la guerra, perdió el conocimiento durante un bombardeo de la Fuerza Aérea, como ese que le hizo recuperar el habla a *Elmer*. Cuando *Javier* despertó se encontraba en el Hospital de la Guerrilla y se dio cuenta de que a sus escasos catorce o quince años tenía amputadas sus dos piernas por encima de la rodilla. *Javier* pedía a gritos una pistola para matarse. Yo ya no sé cómo hizo para superar eso, pero lo hizo y muy bien. Años después me lo encontré en Nicaragua cuando ya se había convertido en un especialista en electrónica. Excepto para los que conocíamos su historia, no era posible apreciar que sus dos piernas eran artificiales y estaba al frente de un colectivo de muchachos que reparaban los radios de comunicación y otros equipos similares de la guerrilla. Hoy, *Javier* tiene una hermosa familia, está casado y es padre de dos niños; adicionalmente realiza una tarea excelente en la Alcaldía de San Salvador y además dedica parte de su valioso

tiempo, solidariamente, a colaborar con sus compañeros en la Cooperativa Dimas Rodríguez.

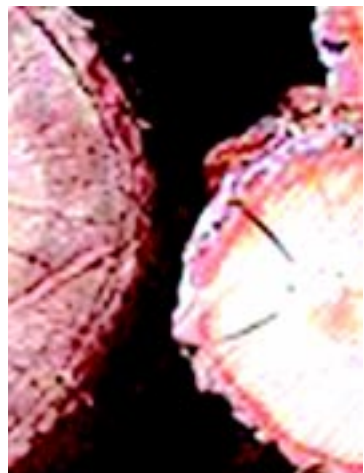
Mucha gente que ha leído el libro se me ha acercado solicitándome un segundo volumen o inquiriendo acerca de por qué es tan corto. Bueno, pues por supuesto que hay muchas más cosas de qué hablar y algunos me han venido con propuestas concretas: "mire, compa, usted estuvo en la voladura del Puente de Oro, ¿por qué no relata ese combate?". O: "Mire, compa, sentémonos a contar el aniquilamiento de la cuarta Brigada en el Cuartel del Paraíso, aquel diciembre de 1983." Y así por el estilo. También están raros momentos cuya trascendencia histórica para nuestras vidas y para el país mismo éramos incapaces de ver cuando sucedían, como las varias ocasiones durante la década de los setenta en que fui médico de Salvador Cayetano Carpio, *Marcial*. Y las que tuvimos que pasar para extirparle la vesícula biliar en medio de un impresionante operativo de seguridad en un hospital privado de Santa Ana, con todas las FPL con sus miradas puestas en nosotros, pendientes de lo que le hacíamos a su Primer Responsable. O cuando conocí a Ana María y las circunstancias que nos rodeaban en el Frente Paracentral en el momento de su muerte. O mi experiencia de trabajo con los tristemente célebres Miguel Castellanos y Mayo Sibrián. O cuando hice mi primer contacto allí por el Cine Terraza, en La Rábida, con el que fue mi primer responsable y me inició en mis andanzas guerrilleras en un pequeño cuartito de mesón en Soyapango: el compañero Dimas Rodríguez. También recuerdo un episodio con *Elías* que me hubiera gustado relatar. *Elías* era un profesor, cuadro político, experimentado organizador, con el que compartíamos el grado de Capitán en el ejército revolucionario. Resulta que ambos le teníamos mucho aprecio y respeto a Susana, una hermana de Lorena Peña que también tenía el grado de Capitán. Cuando Susana cayó combatiendo en una población de Chalatenango llamada Cuevitas, fue ascendida posmortem (como había sucedido con algunos otros casos) al grado de Comandante. Esto no dejó de resentirnos un tanto a ambos, hacía ratos que Susana se había ganado



El Dr. Eduardo Espinoza, autor del libro *Relatos de la Guerra*. Al fondo una foto de un desembarco en La Reina.

el grado de Comandante y no entendíamos la renuencia a reconocérselo. Fue por ello que en medio de un derroche de sarcasmo llegamos a prometernos mutuamente que si alguno de los dos caía en la guerra, el otro se encargaría de no permitir ningún ascenso posmortem del caído. Cosas como ésta fueron quizás la causa de que, a pesar de que mi corazoncito está y siempre ha estado donde debe estar, no me afilié formalmente al Frente luego de firmados los Acuerdos de Paz (aunque otros me han dicho que estoy, porque lo soy, un militante histórico). Aunque también se debe a un afán natural de mantener mi independencia de criterio, de no ligar mi conducta a decisiones partidarias en otros contextos. Sin abandonar mis convicciones ideológicas podía continuar aportando con mucha riqueza y credibilidad a la construcción del país. El caso es que quizás sea esta la razón de que algunos antiguos compañeros me vean con suspicacia, como una especie de tráfuga o algo así, lo cual tampoco me genera problemas existenciales, más que algún dolorcillo nostálgico y más bien siento una especie de lástima por ellos.

Reitero que necesito recuperarme de la experiencia de haber escrito estos relatos, experiencia a ratos muy dolorosa. Aunque debo reconocer que hubiera querido contarles a los hijos de Nelly Cacao, *Mextli*, lo inteligente y linda que era su madre. No sabría decir si era más linda que inteligente o viceversa, tenía las más bellas facciones pipiles que he visto en mi vida, de ojos color de miel y piel cobriza. Quisiera poder decirles que Nelly cayó precisamente porque su amor por ellos le hizo quebrar las normas de seguridad y los Escuadrones de la Muerte que vigilaban su casa la capturaron cuando venía de verlos. Si no me encuentro con estos muchachos antes, a lo mejor un día de estos saco fuerzas de flaqueza y me pongo a escribir una segunda parte.



Médicos en el frente guerrillero

A propósito del libro *Relatos de la guerra*, de Eduardo Espinoza



Campeños arrastran el cadáver de un hombre en Tecoluca. Fotografía de James Nachtwey.

Conocí los **relatos de guerra** del doctor Eduardo Espinoza un poco antes de que diera por cerrado su trabajo de redacción y los enviara a la imprenta. Fue breve el tiempo que tuvimos para platicar, pero me atreví a hacerle uno o dos comentarios personales en cuanto al orden de los textos y a cuestiones mínimas de tipo estilístico. El día de la presentación del libro, en el Museo de la Palabra y la Imagen, mencionó mi nombre entre los agradecimientos. Me sentí un poco apenado por no haber colaborado más. Fue sobre todo un gesto de generosidad y amistad, muy propio de su carácter fraterno.

Además del tiempo, siempre avasallador, tuve otra razón para hablar poco en aquel momento: la impresión tan profunda que me causan las historias descarnadas de la guerra. En estos casos, la sangre se enerva con las palabras casi sin reparar en las formas. El texto cobra vida sin importar el soporte que lo haga llegar hasta el alma. Es poco lo que queda por decir.

La arista de los servicios médicos en el frente de guerra son especialmente dramáticas, y poco exploradas. Cesáreas bajo fuego de mortero; *guindas* con heridos de *hamaca*; operaciones de seis horas en medio del monte: experiencias áridas, que requirieron seguramente un temple espiritual

y físico de altos vuelos.

Espinoza fue un estudiante de medicina destacado en la Universidad de El Salvador en los años sesenta. Conoció la Facultad en su momento de máximo esplendor. Comenzó a colaborar con el movimiento guerrillero urbano en 1975, días después de haber presenciado la represión brutal del 30 de julio. Lo capturaron por primera vez en 1978. Sufrió cárcel y tortura. En diciembre de 1980, se incorporó al Frente Paracentral José Roberto Sibrián, con la tarea de organizar los servicios médico-hospitalarios. Permaneció en los campos de guerra hasta el año 1988, cuando le asignaron una nueva responsabilidad, en el extranjero. En 1985 fue capturado por segunda vez, estuvo preso ocho meses y fue torturado de nuevo. En esa ocasión, salió vivo gracias al canje de la libertad presos políticos por la libertad de la hija del entonces presidente de la república, Napoleón Duarte.

Relatos de la guerra está conformado por doce narraciones breves. La más extensa es "Elmer", la historia de un jovencísimo *correo* chalateco que llegó a convertirse en miembro de las Unidades de Vanguardia de las FPL y en *guíacompa*-hijo-hermano de Espinoza. Junto con *Elmer* y un colectivo reducido, Espinoza se encargó de recuperar y consolidar el trabajo

organizativo en la franja noroccidental del país que abarca las localidades de Texistepeque, Masahuat, Santa Rosa Guachipilín y principalmente Metapán. Este relato es quizá el que eriza el corazón. Se trata de una historia llena de fraternidad y entrega.

Otra de las secciones del libro que provoca sobresaltos es la que narra el derroche de creatividad que caracterizó a los equipos médico-hospitalarios de los frentes de guerra. No deja uno de maravillarse ante las soluciones que el equipo encuentra sin más que la voluntad férrea de vencer los obstáculos. Hay además en esta parte del volumen unas frases que personalmente me sigue resonando en la cabeza: "Todos ellos [el personal médico-hospitalario de la guerrilla] fueron más mucho más allá del juramento Hipocrático, el cual ciertamente es infinitamente pequeño comparado con las dimensiones del sacrificio y la solidaridad que derrocharon durante esta intensa e irrepentible experiencia".

El libro de Espinoza es uno de esos que se devoran en poco tiempo, no porque se trate de relatos cortos, sino debido a la carga de sentimientos, inquietudes y reflexiones que desata. Se trata de un libro escrito con profunda pasión por la dignidad humana.

Dos poemas

de Gaetano LONGO

Elementos para una liturgia

La memoria no muere
donde no puede morir.
Se queda y se zampa huellas
escondidas
estrellas antiguas y piel seca
y lo que fue
continúa viviendo
también donde parece no haber
nada.
Donde la vida muere
la memoria se nutre.
Es un golpe seco que abofetea
al tiempo
cuando un dios guerrero se
inclina
para recoger su piel de ángel
y los restos de su aventura.
La eterna rueda de sangre y
de sueños
que nunca se detiene
- a veces se desbanda -
nos golpeas a traición en
las rodillas
y en las piernas
entre huellas y pasatiempos,
delirios y maravillas
continúa su giro en la memoria
del mundo.

Explosión y apoteosis del deseo

El deseo es un cristal límpido
y brillante
en el fondo del sueño oscuro,
tantas pequeñas mariposas
amarillas
aplastada sobre la pared gris del
engaño.
Sobre el borde de este día
hay un abismo amargo,
un abismo que sabe de
ausencia de Dios
y su sabor se confunde
inútilmente
con la luz baja del silencio
y el naufragio de la tarde.
En el límite de la tempestad
se entreve una luz
de aire abierto.
La libertad es cualquier cosa,
también sentirse dueño
de la noche,
hacer el amor de pie
frente al mar
y orinar, orinar mucho tiempo
sobre una pared
blanca
y silbarle a las estrellas
una música pegadiza
de Mozart
o un blues con alma negra, con
la armónica y el ritmo
de los pies en el polvo.
La libertad es cualquier cosa,
acaso el orgasmo de ángeles
excitados sobre
nuestras cabezas.

Pájaros de Paz

POEMAS DE HENRY CARRANZA

CUANDO TE VAS

Cuando el corazón duele.
Cuando el alma se hiere.
Cuando el cuerpo pesa.
Cuando sudan los ojos.
Cuando se olvida pensar.
Cuando se enmudece el grito.
Cuando se pierde la luz.
Cuando se ilumina la oscuridad
es señal de un adiós.

A TANTOS AÑOS

Por más de cinco años me han quitado todo
me han quitado la vida
el viento que me alimentaba
el amor de infancia inocente
el sueño juvenil.
Construyeron el camino
por el cual mi madre se alejó de mí
a tierras extrañas.
Me han quitado las lágrimas con las cuales
escribía a la niña que me enamoró
me quitaron el pan
la ternura
el lienzo donde mi voz a pinceladas se educó.
me han quitado cada prenda con la cual
me desnudaba viendo al sol
me han quitado hasta el dormir por las noches
vigilando con mis ojos diurnos
la seguridad que no tengo
no me dan
me la robaron
me la han quitado
como el colón en mis bolsillos.
Y ahora vienen a decirme
que crea en un país unido
en un gobierno con sentido humano
en una orden de contingentes que viajan a irak
en una maquinita manejada
por las manos neoliberales de la ANEP
esa maquinita hecha de sangre del pobre
fundida con los brazos mutilados de la mujer
obrero
esa maquinita pirata de HOLLYWOOD
maquinita transformer
de la telecorporación salvadoreña.
En esa maquinita quieren que crea.
Mejor seguiré creyendo
que un día veré a mi madre entrar
por la puerta de la casa
que me dará un beso
me dirá te quiero
y se quedara conmigo.

MIEDO

Tengo sed
apenas puedo con el cadáver que hay en mí
tuve miedo de besarte
apenas soy un niño que te ama
que te piensa
que sin querer te sueña desnuda.

15 PÁJAROS DE PAZ 15 AÑOS DE REVOLUCIÓN

I

Es muy difícil ser ave
y contar con las garras
cuantos somos en esta plaza.
Nuestros puños alzados
desde arriba
simulan semillas
para ellos, ellas.
Sus melancólicos ojos
apenas y reconocen algunos cuantos
de aquellos que toman café
por las tardes del viernes
de los que fuman un cigarrillo
de los que hablan del socialismo
y de la paz sin justicia
de aquellos que tienen meses
de los que tiene años
de los que aún van llegando.
Apenas y pueden reconocer



a sus amigos de todos los días
entre este mar rojo.
Y es que el rojo nos confunde a todos
nos hace uno solo
pero no contables.
Este día
habemos de los que hablamos del comunismo
del marxismo y de cuba.
habemos de los que hablamos
de Nicaragua libre
de Farabundo Martí
de aquellos que nos gusta recitar a León Felipe
Pablo Neruda
León Sigüenza
y uno que otro
que habla de Francisco Gavídia
y Alberto Masferrer.
Habemos de los que cantamos con el pecho abierto
de aquellos que nos volvemos vulnerables
a raíz de las miradas de las mujeres de esta plaza.
Habemos tantos y tantas
que simulamos semillas
para aquellas aves que en el firmamento
transitan libres.
Semillas alzadas
con puño cerrado
semillas de quince años
esperando la paz
la consolidada paz.

II

Hay muchas aves
demasiadas
constipadas por la revolución.
Dícese que la revolución
es una enfermedad
su cura
la socialización.
Su libertad
la bandera del pueblo en tabletas.

III

En esta plaza que se viste de rojo
el vuelo de los pájaros es distinto.
Sus aleteos de amor
me recuerdan a ti
de lo que en un momento fue
lo más bello que tuve.

IV

Compañera
la revolución necesitaba de tu presencia
de tus besos
de tu amor socialista
de tu sonrisa de fresa
de tu puño en alto
de tus ideas
de tu creencia populista
de tu canto.
Te necesitaba más que todo yo
el compañero que brinda de tu amor.

DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

**Coordinador de
Suplemento Cultural Tres Mil**
Otoniel Guevara
oguevara@diariocolatino.com

Coordinador de Aula Abierta
Vladimir Baiza
vbaiza@diariocolatino.com

Equipo de producción editorial
Tomás Andreu | tandreu@diariocolatino.com
Roberto Deras | rderas@diariocolatino.com
David Juárez | djuarez@diariocolatino.com
Pablo Benítez | pbenitez@diariocolatino.com
Marcos Navarrete | mnavarrete@diariocolatino.com
Raquel Cañas | rcañas@diariocolatino.com

Colaboradores en El Salvador
Edgar Alfaro | René Chacón | Norman Douglas B.
Néstor Durán | Angel Portillo | Jennifer Valiente

Colaboradores en el mundo
Carlos Ábrego en Francia.
Luis Manuel Pérez Boitel en La Habana.
Javier Campos en Connecticut.
Gabriel Jaime Caro en Medellín.

Dirección:
Suplemento Cultural Tres Mil,
Diario Co Latino
23a Avenida Sur, # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Telefax:
(503) 22 71 08 22

Las opiniones vertidas en los artículos son
responsabilidad de sus autores.
No nos responsabilizamos por la devolución de
originales no solicitados, ya sean textos
o imágenes en cualquier soporte posible.
 Toda colaboración deberá enviarse
por correo electrónico a:
3000@diariocolatino.com



"LA VIDA EN ROSA"

El último gorrión: un poema cinematográfico

GABRIEL JAIME CARO (GAJAKA)

Para nadie es un misterio lo que no conoce, y ha empezado a oír con exclamaciones exhaustas. Editt Piaf ("La Môme Piaf"), para mí y para muchos de mis amigos, y enemigos de mis amigos, la mejor cantante popular del siglo XX, con su cuadrado destino y su negación; tan efímera en su existencia, y tan grandiosa para el amor.

Marion Cottillard, la actriz y cantante que se atrevió a tanto, con su papel de la "niña gorrión", al recibir el Oscar 2008 por su soberbia actuación, dijo que el director Olivier Dahan cambió su vida, y la de nosotros también. Con sus maravillosas manos de fuego, la invocación está hecha a entregas superficiales ("Si huyen de mí, yo soy las alas").

La Piaf, solita, con unas pocas canciones, que son verdaderos himnos de la experiencia del amor vencido, de su libertad, se monta a cabestro sobre el caballo del romanticismo francés, "baladísticamente" como lo expresaba Aznavour; tan melodiosa como un gorrión, y con esa lengua francesa tan provenzal, nos mide el sentimiento por lo artístico, y fluye - más bien nace una estrella en medio del escándalo de su vida en rosa -diosa mayor, que prefirió los horribles viajes con morfina, opio, que claudicar, por ese gran amor que perdió, Marcel, y que la llevó a una culpa incesante, descorazonada, y que Marion Cotillard rescata, retrata, apenas asomada a la edad de la desesperación de una artista.

No hay párrafo menor que pueda describirla, con sus sutiles colores y esa futilidad que le da el poker a los afortunados perdedores.



Editt Piaf y Teo Sarapo



Editt Piaf en sus últimos días de vida en París.

Si parece que la estuviéramos viendo sus grises y ubicuos simpatizantes, del brazo del griego Teo Sarapo (vestido de negro, tal vez presintiendo su desaparición), su último gran amor, porque esos sí contaban para ella, no clientes de prostíbulo, que le tocó sumar cuando se crió allí, por razones sociales...Pero sigamos: en el Olimpia de París, cantando como dos enamorados que saben que van a partir por diferentes rumbos. Digo, en aquella foto que no apareció en la película, y que podría ser su segunda parte, a partir de esa última interpretación de "No, je ne regrette rien".

Entendemos lo difícil del tratamiento (en el cine) de un caso como el de Editt Piaf, que es sinónimo de cultura en Francia, y que tuvo tantos amores, que era difi-

cil enumerarlos y darles el talante de insuperables, Marcel, su mas grande amor, se pierde en un accidente de aviación, y ella melancólica, sucumbe y se hunde en los laberintos de la alucinación o del mito musical, antes de salir a cantar: "Badam Badam", "La vie en rose".

Las tomas en New York, una especie de exilio voluntario, que le trajo muchas satisfacciones, por sus amistades con artistas que la veían como una embajadora del París de la guerra y de la resistencia. Nueva York siempre de noche, a tono con el montaje del filme.

El filme que no es ninguna obra maestra, comienza con tomas muy oscuras, en extremo oníricas y superfluas, que cansan un poco (el horrible hueco renacentista), tan acostumbrados que estamos a la buena fotografía, y al color digital, va adquiriendo un grado de interpretación tal en la niña que también es Editt, inconmensurable. Y esa toma de París desde alguna nube negra, con el fondo de la Torre Eiffel, tan pequeña como la misma Piaf, nos saca de la silla.

Un poema cinematográfico para poetas meramente apartes, y públicos que empiezan a querer sus canciones para recrear el idioma francés y adquirir sus discos para escucharlos en soledad, a la espera del ser amado

La vemos encerrada como un gorrión en una jaula vieja de la

casa, sin querer ver el sol mortecino para una morfinómana, y con ese encuentro mágico de compositores que siempre le tenían el tema apropiado para ella, tan enamorada del rezo a Teresa del Niño Jesús, que le devolvió la vista cuando la perdió en su niñez, y del espíritu de la música.

"La vida en rosa", ganó otro Oscar en maquillaje (Make up), inmortalizando lo que el existencialismo guardaba como un secreto, su retrato artístico, hecha por el otro. Les cuento que hay que ser muy idealista, para atreverse a tanto, al arte de la melancolía. A negar el tiempo y el yo. Y a comer del muerto en los pasos perdidos.

A Ricardo

LA VIDA EN ROSA: EDITH PIAF (La Môme)

Dirección:

Olivier Dahan.

Países: Francia, República Checa y Reino Unido.

Año: 2007.

Duración: 140 min.

Género: Biopic, drama, musical.

Interpretación: Marion Cotillard (Edith Piaf), Sylvie Testud

(Mómone), Pascal Greggory (Louis Barrier), Emmanuelle Seigner (Titienne), Jean-Paul Rouve (Louis Gassion), Gérard

Depardieu (Louis Leplée), Clotilde Courau (Anetta), Jean-Pierre Martins (Marcel Cerdan), Catherine Allegret (Louise), Marc Barbé (Raymond Asso), Caroline Silhol (Marlene Dietrich).

Guión: Olivier Dahan e Isabelle Sobelman.

Producción: Alain Goldman.

Música: Christopher Gunning.

Fotografía: Tetsuo Nagata.

Montaje: Richard Marizy.

Diseño de producción: Olivier Raoux.

Vestuario: Marit Allen.

